



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Cronología sobre vida en cuarentena y sentimientos confusos
Luciana Candela Diomedi
Letras, (9), e206, artículos, 2020
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Cronología sobre vida en cuarentena y sentimientos confusos

Por **Luciana Candela Diomedi**

lucianadiomedi99@gmail.com

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

El coronavirus llegó para cambiar nuestros hábitos y vida cotidiana completamente. Durante gran parte de 2020, la virtualidad se convirtió en la protagonista del día a día. En el presente artículo se busca realizar una reconstrucción de las sensaciones y experiencias personales vividas mes por mes durante la cuarentena en la ciudad de Tres Arroyos.

Palabras clave

coronavirus, cuarentena, aislamiento social, pandemia

Hay muchas imágenes que podrían ilustrar el 2020. Un año caótico, impredecible en todos los sentidos. Podría quedarme con los atardeceres de la playa en el verano o la marcha masiva del 8M, cuando lo que ocurriría después era inimaginable y el acumulamiento de gente era todavía parte de la cotidianidad. Recuerdo las imágenes que llegaban de China, a principios de febrero, donde la gente caminaba con barbijos y el nombre de un nuevo virus comenzaba a emerger. También impactó en mí la imagen del anuncio presidencial cuando Alberto Fernández anunció los primeros quince días de cuarentena en la Argentina.

Luego, las calles vacías en los rincones más poblados del planeta; las aguas relucientes de los canales de Venecia; los animales salvajes acercándose a las ciudades casi carentes de humanos. Viene a mi cabeza la manifestación por la muerte de George Floyd, esa noche casi apocalíptica en donde reinaba el hartazgo por el racismo en muchxs estadounidenses. Cientos de hospitales colapsados en distantes partes del mundo, camiones llenos de muertos que pasarían a ser depositados en fosas comunes.

Todos aquellos momentos son solo algunos de las innumerables situaciones que podrían definir este año y sin duda van a quedar marcadas en la historia. Esta nueva década se inició de una de las maneras más inesperadas, convirtiendo al 2020 en uno de los años más significativos del siglo XXI.

Marzo

El encierro comenzó a mediados de este mes, con los últimos días de sol cálido. Me tocó transitar el aislamiento social en mi ciudad natal, Tres Arroyos. Después de tres años viviendo y estudiando en La Plata, volver a vivir con mi familia es extraño. Mi antiguo hogar ahora se ve ajeno a mí, como si hubiera cambiado, ya no encuentro un lugar cómodo para estudiar, mi cuarto ahora se siente como

una habitación de huéspedes y la mayor parte de mis pertenencias todavía están en mi departamento platense.

Al principio, el mundo se asemejaba a una película distópica o de ciencia ficción: los barbijos tapando la mitad de la cara, la paranoia presente en las pocas personas que se podían ver caminando y las pantallas como única forma de comunicación con el exterior. Los primeros días de la cuarentena parecían ser todos iguales, monótonos y eternos a la vez. El término *loop* temporal toma una dimensión real. Como en «El día de la marmota», aquella película de los noventa en la que Bill Murray repite el mismo día una y otra vez. El exceso de rutina, acompañado del encierro, provocan esa extraña sensación de estar en un bucle constante, casi sin salida.

De un momento a otro, nuestro hogar se convirtió en nuestro único mundo. El tiempo de ocio, los cursos, el trabajo o la facultad; todo sucede entre las paredes de nuestra casa. Se volvió difuso el límite entre lo íntimo y lo público. La cámara deja ver los rincones privados, por el micrófono encendido muchas veces se escapan algunas de las conversaciones íntimas de las personas con las que convivís. Rutinas de ejercicios, cursos online, recitales y vivos en Instagram empiezan a circular por las redes sociales; la productividad pareció convertirse en una característica indispensable –casi una obligación– para poder transitar el aislamiento.

Se me hace difícil ordenar mis pensamientos en este contexto, ponerle palabras a la mezcla de emociones que voy transitando a medida que pasa el tiempo. Miedo, paranoia, estrés, ansiedad; son innumerables los sentimientos que me atraviesan. A veces no quedan rastros de la concentración o de la inspiración. Es difícil despejar la mente, y el insomnio se hace presente en muchas noches. Estoy cargada de sensaciones nuevas, de pensamientos que dan vueltas y se vuelve difícil comprender como me siento.

Abril

Me refugio en historias ajenas, el cine y los libros se convirtieron en la mejor forma de escapar de la realidad, de olvidar por un segundo lo que sucede afuera. Mientras la televisión anunciaba cifras y carteles de «último momento», la ficción logra despejar mi mente por algunos momentos del bombardeo constante de información.

Busco consuelo en fotos viejas; desempolvé la caja de recuerdos para evocar aquellos momentos de felicidad. Hubo semanas en las que estuve energética, con ganas de realizar la mayor cantidad posible de actividades; otras veces sentí una gran desilusión y solo preguntas sin respuestas aparecían en mi mente. Entendí, también, que no hay una fórmula exacta para transitar este contexto, que aquella productividad de la que algunxs alardeaban a través de las redes sociales no era la única alternativa válida. Hay días que puedo hacer pan casero, ejercicio, estudiar un nuevo idioma y leer cientos de páginas. Pero también hay días en los que solo quiero quedarme en la cama esperando a que todo pase.

A veces me enojo. Cuando salgo a la calle y veo que las personas andan sin barbijo, se los ve caminando despreocupados, despojados de la conciencia que te permite observar lo que está pasando alrededor. Me enojo, también, cuando en las historias de Instagram encuentro gente haciendo fiestas, sin tener en cuenta su salud o a la de sus seres queridxs.

La pandemia incluyó la obligatoriedad de repensar ciertos hábitos y costumbres de nuestra cotidianidad. De un momento a otro todo se volvió virtual, las obligaciones, el tiempo libre y hasta las personas que amamos tomaron una dimensión digital. Mientras nos intentamos adaptar el número de contagiados y de muertos aumenta. Los medios hegemónicos lo anuncian como si fueran simples cifras que van subiendo con el correr de los días, pero detrás de ellas se encuentran personas. Y tal vez eso es lo que unx se olvida en la vorágine de esta

nueva normalidad. Detrás de los discursos de odio, de aquellxs que niegan lo que está sucediendo, se pierde la noción real de las secuelas y pérdidas que deja el virus.

Mayo

El coronavirus continúa siendo el protagonista en la agenda mediática a nivel global, la invención de una vacuna como solución a la pandemia comienza a sonar una alternativa posible y eficaz.

Abril pasó casi desapercibido, tímidamente llegó mayo, el mes de mi cumpleaños. «Dentro de poco vamos a poder festejarlo», respondo casi mecánicamente a los mensajes y saludos. Mis amigxs me cantan –a destiempo y con poca coordinación– la canción de feliz cumpleaños a través de una videollamada. Recibí muchos libros de regalo. Entre ellos, *Historia de cronopios y famas* de Cortázar; «la vida siguió así y no era peor que otras vidas» leí en uno de sus cuentos y luego anoté en mi cuaderno. Siento que esa frase llegó a mí en el momento indicado.

De a poco empecé a acomodar mis tiempos y a acostumbrarme a esta forma de vida. Contactarme con amigxs y familia a través de una pantalla se volvió parte de la cotidianidad, la virtualidad se convirtió en la mejor alternativa para acortar las distancias.

Vivimos con miedo. Miedo al contagio propio y, más que nada, al de nuestros seres queridos. De pronto, el futuro se vuelve más lejano que nunca. «Nueva normalidad» es una palabra que resuena en los medios de comunicación y en las redes sociales. ¿Cómo van a ser las cosas después de la pandemia? ¿Cuándo llega el tan ansiado fin? El final se aleja cada vez más, y tal vez es eso lo que asusta; no sabemos cuándo nuestras vidas van a volver a ser lo que eran antes.

Intentamos aprovechar el tiempo en cuarentena, comprar barbijos de colores, probar recetas nuevas, tachar la lista de pendientes. Pero aun así, las preguntas no cesaban y quisimos –aunque no pudimos– comprender: ¿cómo el mundo entero se puede desmoronar en tan solo un instante?

Junio/julio

Siempre me costó distinguir entre estos dos meses, tal vez por la monotonía de sus días grises y fríos. El otoño pasó casi ajeno, dejando solo algunos rastros en las hojas que cayeron en las calles. No puedo dilucidar cuándo fue el momento exacto en el que esto explotó, en el que el coronavirus se convirtió en el tema principal de la agenda mediática.

Todavía no hay casos en Tres Arroyos, pero en todos los distritos vecinos el virus avanza a pasos gigantes. Llegó a la ciudad la tan ansiada fase 5 y con ella vuelven las reuniones de hasta diez personas y la apertura de negocios. Los reencuentros me sirven para recargar energías, por algunas horas me olvido de lo que está pasando en el mundo.

Nunca desarmé la valija, con la esperanza de que la cuarentena durara quince días. Anhelaba volver a dormirme en el colectivo de larga distancia y despertarme a la madrugada en la terminal de algún pueblito bonaerense. Ansiaba el momento en el que vuelva a caminar los pasillos de la facultad. Pero el tiempo pasó y los días se convirtieron en meses. De pronto, volví a sentirme una niña en Tres Arroyos, encontrándome por la calle con gente que no veía hace años, armando mi rutina en una casa que ya había dejado de ser mía, con las cosas que necesitaba a más de 500 kilómetros.

Hoy vemos el pasado con cierta nostalgia, los días previos a la pandemia se ven cada vez más distantes; nos vamos acostumbrando a vivir con los cuidados, convivimos con esta «nueva normalidad». Por momentos hasta parece irreal

la situación, el covid pasó a ser el único tema existente, aquel que consume nuestros pensamientos, proyectos y cotidianidad. El planeta gira en torno a la búsqueda de una solución.

Muchxs de quienes aplaudían a los trabajadores de salud a los 21:00, hoy son los mismos que convocan a marchas multitudinarias y descreen del virus. El colapso del sistema de salud es una de las principales consecuencias que traían los contagios y hay algunxs que al no tomar las precauciones necesarias perjudican a cientos de personas.

Si hay una certeza dentro de esta incertidumbre es que hay ciertos hábitos que vamos a tener que cambiar. Que el después va a traer secuelas, acostumbrarnos a una nueva forma de vivir. Esta situación nos impuso a la fuerza una nueva forma de comunicarnos. Dejando atrás el contacto y poniendo a la virtualidad como protagonista. Irrumpió en nuestras vidas dejando un antes y un después, obligándonos a repensar nuestras prácticas y consumos.

Agosto

El coronavirus llegó a la ciudad. Lo anunció el Doctor Guerra en un audio que se viralizó –que término tan paradójico– por todo Tres Arroyos. De pronto el virus parece estar más cerca que nunca. Ya no está solo en los programas de televisión, ya no es una simple palabra escrita en la nota de un diario, ahora puede estar a la vuelta de la esquina.

Mientras la tan ansiada normalidad vuelva solo nos queda esperar que llegue el momento en el que volvamos a salir de las calles, en el que dejemos de sentir miedo y de tener cuidados excesivos. En que el que podamos eliminar la plataforma *Zoom* de nuestras computadoras y volvamos a la presencialidad.

Busco en mis cuadernos viejos los retazos que escribí en algunas noches de insomnio, donde todo era inesperado y no sabía cuánto tiempo iba a durar,

cuando las palabras se escapaban de mi mente y solo podía articular algunas frases inconclusas que intentaban definir lo que sentía. «Me acuerdo del mar, del olor a tierra mojada, de la adrenalina que despiertan las calles llenas de gente». «Ya no distingo los días ni las horas. El mundo se detuvo». Todo lo que escribo sobre el tema suena a cliché, después de leer múltiples relatos en los que autores y autores contaban su experiencia, los textos me suenan repetitivos. En algún momento, todxs nos sentimos desahuciadxs, inestables, enojadxs, aburridxs. Pretendimos buscar respuestas, aunque solo encontramos más preguntas.

Septiembre

Perdí la noción del tiempo. Los meses del año pasaron increíblemente rápidos. Siento nostalgia, hay días que tengo miedo.

La ciudad retrocedió a la fase 4. Los casos van aumentando, todas las noches el doctor Guerra manda un audio a algunos grupos de *WhatsApp* contando las novedades del virus, luego se va pasando de celular en celular y va a llegando a todos los tresarroyenses. A veces a las diez de la noche, otras a las once, todxs esperamos el audio como si fuera un evento.

El 2020 fue pasando y los meses que convivimos con el covid-19 se van acumulando. Fueron más los días que pasamos con él que los que no. No hay dudas de que este año nos va a servir de aprendizaje, nos demuestra como de un segundo a otro los cimientos de un mundo aparentemente estable pueden destruirse, la vida tal como la conocíamos, desapareció durante meses. Todavía queda mucho camino antes de erradicar el coronavirus, los contagios siguen creciendo y en muchos lugares la responsabilidad ciudadana disminuye.

Las noches de insomnio me obligan a pensar, a racionalizar mis miedos y sensaciones.

Cada vez más problemáticas comienza a surgir de esta situación. La conectividad y el acceso a la tecnología se transformaron en derechos indispensables para la subsistencia. Las computadoras y celulares se convirtieron en herramientas necesarias para cubrir todos los aspectos de nuestra vida, desde las relaciones sociales hasta la educación.

Cómo será el futuro post pandemia es la pregunta que resuena una y otra vez en todos lados. Tal vez tendremos que seguir conviviendo con el virus y los cuidados extremos. O podríamos ver nuevamente el acumulamiento de gente, despojarnos del barbijo y que todo quede en nuestra memoria como un mal recuerdo. Hasta que ese futuro tan ansiado llegue, nuestro deber como ciudadanxs es ser responsables, cuidarnos a nosotrxs mismxs y a lxs demás.